

Breves consideraciones
sobre el Sindicalismo
Revolucionario.

Capitalistas y Obreros

Por

DEL FÍN LÉVANO

PRECIO 10 CENTAVOS

"La Protesta" - Bs.Aires

1930



**Breves consideraciones
sobre el Sindicalismo
Revolucionario.**

Capitalistas y Obreros

Por

DELFIN LÉVANO

PRECIO 10 CENTAVOS

"La Protesta" - Bs.Aires

1930

BREVES CONSIDERACIONES

SOBRE EL

Sindicalismo Revolucionario

Conferencia dada en el local de Minas, en uno
de los Jueves doctrinarios de

«*LA PROTESTA*»

Lima, 17 de Enero de MCMXXIV

EXORDIO

Trabajadores:

Comienzo demandando vuestra atención e indulgencia para disertar en esta noche sobre algunos puntos fundamentales del Sindicalismo, tema o teoría que sirve de discusión y de opiniones contradictorias entre los trabajadores y entre los que no lo son.

Tal vez mi palabra desprovista de elocuencia y del florilegio del idioma, no satisfaga vuestro deseo de oír cosa mejor, ni mucho menos influya en vuestro espíritu para despertarlo de esa especie de catalepsia moral e intelectual que os tiene aferrado a la rutina, esa rutina que ha dado visos de verdad a inmerales convencionalismos y creencias absurdas, sostenidos por una Sociedad que los dictados de la razón y los nuevos sentimientos de libertad y justicia que hoy flotan en el ambiente, han condenado en nombre de la civilización y la ciencia.

Tal vez mis ideas expuestas sin los adornos de una literatura y oratoria sugestionantes, sean como las semillas caídas en tierra estéril o pantanosa; o sean arrastradas por los vendavales de la indiferencia; o muertas por el hielo del pe-

simismo. Más tengo la seguridad de que el tiempo ha de dar vida y fuerza a las ideas del proletariado insurgente, desdeñadas hoy, precisamente, por quienes deben amarlas, divulgarlas y luchar porque ellas triunfen y acaben con el malestar social, a fin de que la humanidad sea una sola familia cobijada solidariamente bajo un mismo edificio social de trabajo y bienestar generales.

No nos desespera pues, que la nueva y buena simiente de redención obrera, demore en echar hondas raíces en la conciencia del trabajador, porque tarde o temprano, muy a pesar de la furia de todos los dominadores y el berrido de quienes quieren vivir siempre medrando a la sombra de la decantada soberanía popular, ha de germinar lozana y ha de brindar a la humanidad los ópimos frutos de Libertad y Armonía, fincadas ambas en la igualdad económica, por que hay que decirlo siempre muy alto: la libertad individual y la armonía humana sin la igualdad de condiciones económicas para todos los miembros de la Sociedad, son y serán una mentía.

Por otra parte, ninguna importancia tiene para los destinos de la humanidad, el que actualmente los sembradores de ideas libertarias sean blanco de las iras de los poderosos y sus sicarios, o befa de los ignorantes y escarnio de los hombres gelatinosos, porque las ideas sobreviven a los hombres, brillan por su excelsitud, se expanden y se infiltran por todas partes debido á su bondad y porque quienes las propagan tienen la tenacidad del astro Sol al enviarnos eternamente su luz, así como también la voluntad indoblegable del Progreso, ese hacedor supremo que no descansa en su camino a porvenir.

Muy sobre todo, compañeros, los que venimos, desde hace veinte años, siendo los transmisores del pensamiento emancipador de Eliseo Reclús, Anselmo Lorenzo, M. González Prada y otros tantos libertarios, no esperamos recompensas a nuestros afanes, no esperamos sonreír viendo el tiempo de nues-

tras concepciones doctrinarias. No, trabajadores: nos basta solo pregonar la Verdad aunque, esta retumbe como un ciclón en medio de un desierto; nos basta combatir la mentira, base de toda las tiranías materiales y morales, aunque para ello nos cueste los más grandes sacrificios.

LA ESCLAVITUD DE LOS OBREROS

Traigo a vuestra memoria una de las más grandes sentencias proclamadas por Washington cuando decía a su pueblo:

«Mas vale ver la llanura cubierta de sangre, y no por esclavos» - Quería decir con esto, que todo hombre, todo aquél que se sienta esclavo, debe luchar y morir por conseguir su libertad.

Esas palabras del gran Washington, podemos decir que sirven como uno de los principales motivos del Sindicalismo. Por que no podemos dejar de reconocer que los trabajadores somos esclavos del amo o empresa capitalista que alquila nuestros brazos y nuestra inteligencia por una exigua retribución; somos esclavos de este orden burgués, cuyo maquinismo político social nos tiene cojidos entre sus engranajes para exprimir nuestras energías y deprimir nuestra voluntad, para atrofiar nuestro cerebro con sus enseñanzas sofisticas y su imposición gubernativa.

Sí, trabajadores: profundizad un momento vuestro pensamiento en la Sociedad presente; observad detenidamente lo que en ella sucede; estudiad juiciosamente el funcionamiento de sus instituciones, y veréis las contradicciones y los antagonismos que rompen el ritmo y la belleza de la armonía humana; veréis las grandes injusticias que diariamente se cometen, los oprobios, las luchas intestinas y las venganzas que se perpetran en nombre de un dios de la Sociedad o del Estado; veréis los errores y absurdos que se sostienen como verdades irrefutables; las concupiscencias que pasan como re-

gla moral para los de arriba, mientras son un delito conde-
nable para los de abajo; las hecatombes humanas que se co-
meten en nombre de la patria o del orden público; veréis
como se enriquecen y colman de honores y de fausto los
que nunca supieron ni saben de las fatigas del trabajo y los
dolores del pueblo. pues nunca sintieron el estorcionamiento
del capitalismo ni la desesperación angustiosa que produce la
miseria; veréis como los que trabajan empeñosamente, años
tras años, tienen como recompensa a sus afanes un jornal tan
reducido, tan medido, que jamás les es permitido acumular
dinero para convertirse en millonarios; veréis como se agotan
y se envejecen tantos honrados padres de familia que pasa-
ron sus mejores años ganándose el insuficiente como amargo
pan que llevaron a su compañera y a su prole, pero que,
ya ancianos, no pueden sino vivir a expensas de otros o
de la caridad pública, por que ya no se les admite en las
fábricas, en los talleres o lugares donde rindieron todas sus
energías de hombres de trabajo.

Y así, el obrero, el que todo lo produce, el verdadero
creador, nuestro Prometeo encadenado a la roca de la codi-
cia por el Saturno capitalista; el obrero, músculo nervio y
también inteligencia, que da vida y movimiento y riqueza al
orden burgués, se ve siempre sometido a la inicua *ley del*
salario, de la cual deriva su esclavitud. Asediado siempre por
la miseria, está obligado a vivir en estrechos y oscuros cuar-
tos sin higiene; está obligado a vestir mal y comer peor a
no tener la cultura, la ilustración necesarias, a todo ser ci-
vilizado, por que desde pequeño se ve forzado a trabajar
para ganarse unos cuantos reales que sirvan para aliviar un
poco la estrechez económica de los padres. En esta sociedad
el pobre no tiene siquiera «el derecho a la salud», como di-
jera Anselmo Lorenzo en un estudio dirigido a un congreso
médico de España.

Me dirán algunos: «así es el mundo no todos vamos a

ser iguales». Otros poseídos de las enseñanzas neocristianas, arguirán: «siempre habrán pobres y ricos». Los de más allá, conformes con su miseria, dirán: «así es la suerte del pobre desde que el mundo es mundo».

¡Mentira! Esos dicharachos no son sino embustes y sofismas inventados por los nefandos embaucadores de la religión y por los dominadores políticos y económicos de los pueblos: sofismas y embustes que el martillo de la costumbre ha clavado en la mente de los trabajadores, al fin voluntariamente domeñados para halar el carro triunfal de los sojuzgadores, succionadores y embaucadores del pueblo.

¡I si no veamos. Todos sabemos que lo que llamamos Universo, es el conjunto de muchos mundos, cuya mecánica funciona admirablemente, sin que uno a otro se estorben en sus movimientos de rotación y traslación. Todo el sistema planetario es un bello y admirable espectáculo de solidaridad del conjunto, de igualdad ante la vida y de respeto a la autonomía de cada mundo.

La tierra, después de una serie de transformaciones geológicas, al endurecerse la costra que pisamos y aparecer los primeros síntomas de la vida vegetal y animal no tuvo dueño; no fué patrimonio de nadie,

Los primeros hombres que aparecieron sobre nuestro planeta fueron nómades: cualquier sitio de la tierra, en especial las cavernas, eran su habitación. Corriendo el tiempo, comprendieron que era mejor vivir agrupados para defenderse de los demás animales y procurarse con mayor facilidad sus alimentos. Los primeros grupos humanos vivieron en rebaño y en plena comunidad, sin ley, sin dios sin moral alguna. La tierra era propiedad de todos, sus frutos pertenecían a todos.

La lucha por la existencia y el desarrollo de la inteligencia del hombre, impuso a las manadas humanas de una misma sangre, la formación del *Clan*, y ese mismo deseo

instintivo y racional de obtener un sitio mejor en el llamado banquete de la vida; hizo solidarios a varios Clanes, dando origen a la Tribu. I fué necesario en el Clan y en la Tribu, deseosos siempre de mejores condiciones de vida, el jefe que dirigiera a los demás en las guerras con otras tribus, jefatura que terminaba al concluir la guerra. Siglos después, el jefe guerrero se convirtió en amo absoluto, cuyo poder omnímodo vino a consolidar y bendecir el hechicero y el sacerdote, invocando para ello, sortilegios y supersticiones primero, y después el nombre de varios dioses o de uno, así como la creencia en una vida sobrenatural. El hechicero y luego el sacerdote, sembraron la ignorancia en las masas y las hizo esclavas con sus creencias mitológicas y sus principios metafísicos. Así nació en las clases inferiores su humillación y veneración al Trono y el Altar, así se constituyeron las castas privilegiadas, las que principiaron por apoderarse de la tierra, de sus frutos y riquezas: comenzaron a mandar y oprimir a los débiles, a explotar sus energías, a engañar a los que no sabían explicarse los fenómenos de la Naturaleza, ni el por que de los hechos y las cosas y la vida misma.

Así tuvieron origen los pobres y los ricos: la tierra pasó a ser propiedad particular de unos cuantos; la riqueza producida por generaciones tras generaciones de productos, fué acaparada en su exclusivo provecho por unos pocos que nunca trabajaron, o que si trabajaron al principio, después hicieron trabajar a otros, explotándolos despiadadamente. I así hemos llegado a esta época de plena actividad del industrialismo y el comercio, del triunfo del maquinismo que dirigido y perfeccionado día a día por la Ciencia, desaloja de la fábrica, del taller, del campo y de la mina, a millares de trabajadores que ambulán por las calles sin tener donde alquilar sus fuerzas. Así hemos llegado al imperio de la Plutocracia, en que es oprobiosa la esclavitud del obrero, inicuo el derecho de propiedad privada y un crimen social el que los

haraganes se enriquezcan y vivan sibaritamente con el trabajo de los obreros.

Ante la verdad histórica y la comprobación científica ¿quién podrá afirmar que la Humanidad ha sido dividida en pobres y ricos, desde su origen y que esta división es natural? ¿quién podrá defender que es justo el derecho a apoderarse de la tierra y del trabajo ageno en detrimento de la gran masa?

Solamente la avaricia y los intereses creados pueden cegar a los de arriba para defender su arcaico como injusto derecho romano, superficialmente reformado por el derecho napoleónico que abortó la Revolución Francesa. Solamente la ignorancia y la mansedumbre de los de abajo pueden hacer en éstos un falso concepto de la vida y hacerles aceptar como una ley natural, el trabajar para otros y someterse al desgarramiento doloroso que produce su *majestad el hambre* que hoy se enseñorea en todos los hogares proletarios. Pero la realidad nos dice con toda su crudeza, que hay pobres y ricos, y que entre ambos no hay intereses comunes y sí dos fuerzas que se repelen por sus posiciones antagónicas.

LA LUCHA DE CLASES

Innegables son, pues, los contrastes sociales que a nuestra vista se presentan diariamente. En la vida contemporánea, mentira es la igualdad, la fraternidad y la libertad de los seres humanos, pregonada por todas las actuales formas políticas; ignominioso, cruel, doloroso, es el trabajo para el obrero; como corruptor, enervante, es la ociosidad para los parásitos sociales: estos que nada útil producen todo lo tienen en abundancia, mientras aquellos carecen de lo elemental para nutrir su cuerpo e iluminar su cerebro.

La justicia, el derecho, son continuamente escarnecidos. Los encargados de administrarlos los convierten en armas de provecho personal o de predominio de clase,

La oferta y la demanda, la libertad del trabajo son una

nueva forma de dorar las cadenas de la esclavitud. El Capitalismo en su insaciable sed de riquezas, tiende siempre a pagar el salario menos posible, exigiendo del obrero el máximo de producción: él sube a su antojo el precio de los productos, retira y esconde del mercado cuando conviene a sus intereses, las mercaderías y los frutos que faltan en millares de hogares, y con el engrandecimiento de las industrias multiplicadas su producción por las ventajas que ofrecen las máquinas-arroja a las masas al dolor y al pauperismo.

Existe pues, la división de clases, toda vez que existe el antagonismo de intereses entre patrones y obreros. I solamente los torpes y los farsantes podrán negarlo.

De este dualismo social que coloca frente a frente a pobres y ricos, cuyas fuerzas encontradas no pueden armonizarse sino con el sometimiento vergonzoso de la clase trabajadora, nace la *cuestión social*, tan vieja como lo es la esclavitud económica y la opresión política de que son víctimas las no favorecidas por las riquezas que ellos mismos producen para otros.

La solución de ese único problema en debate es la que discute y perfila revolucionariamente las clases oprimidas por todos los gobiernos y la plutocracia, ya que éstos no quieren ceder, a buenas ni a malas, un palmo de sus privilegiadas posesiones.

De esa codicia y terquedad capitalistas, de ese absolutismo político de todos los gobiernos, cuyo impotencia para extirpar el pauperismo social es manifiesta en todas partes ha nacido la rebelión de los obreros y su cambio de organización y rumbos al porvenir, después de hacer una revisión y repulsión de todos los desprestigiados valores de la burguesía.

I como es natural, los obreros al cambiar de organización y rumbos y en su generoso anhelo de enmendar el desviado curso de la civilización, han tenido que formular nue-

vos postulados, han tenido que presentar todo un programa de principios sociales, morales, políticos y económicos, que sirviera de cauce y orientación a sus reivindicaciones y a sus ideales de total emancipación de todas las coyundas que les oprimen y humillan actualmente.

Reconocida la división de clases, de ella se desprende lógicamente la lucha social de los obreros, ya que todo pacto o toda colaboración con los explotadores, no sería sino el pacto del león y la oveja o la colaboración del gato con el ratón para atrapar el queso.

¡Hay que hacerlo presente, la lucha social que gustosos aceptan los trabajadores organizados, no es provocada por la envidia a los ricos ni por el deseo de cambiar hombres o clases en el Poder, ni tampoco por variar las formas de gobierno. Ya lo dijo la primera Internacional en su declaración de principios:

«Los esfuerzos de los trabajadores para conseguir su emancipación no deben engendrar nuevos privilegios sino establecer para todos iguales deberes y derechos».

«No más derechos sin deberes ni más deberes sin derechos». Eh ahí la génesis idealista de la lucha redentora que los obreros conscientes vienen desarrollando en sus organizaciones y en sus reivindicaciones: eh ahí como aceptamos la lucha de clase.

¡Al decir lucha de clases, no queremos decir lucha de odios provocada por pasiones bajas y brutales, por sed de venganza o deseos groseros de gozar del sibaritismo de nuestros enemigos. No, compañeros.

«La lucha de clases no es cuestión de estómago únicamente, es cuestión moral.» Es cuestión de renovación espiritual.

«La lucha de clases debe superiorizarse, idealizarse, embellecerse como una lucha de héroes; nosotros, los pobres los que lo producimos todo, hemos de ser los superiores, pero no los superiores vanos, ególatras, inquietos, sino los serenos, propios, razonables; tanto cuanto más abajo caiga la clase dirigente en sus vicios y

en sus afanes estúpidos de despilfarro y de tontería, más nos elevaremos hacia lo sublime; tanto cuanto más nos induzca a caer en su fangal la *high life*, la gente bien, la *crème*, todo eso tan tonto y pobre en su riqueza monetaria, más nosotros debemos perseverar en la virtud de especie *sapiens*, en el ejemplar comportamiento de propia satisfacción; tanta cuanto más bajeza, hipocresía, maldad, veamos en los de arriba, de mayor dignidad de clase, sinceridad de hombres, bondad humana, debemos ser ejemplo; y esa lucha de superioridad de clase y altivez hay que elevarla a tan alto grado que debemos desconfiar de cuanto nos acerque a ellos y, sólo en orden superior, admitir lo que más nos separe, hasta que no haya contacto ni aliento posibles» ha dicho A. Rossell en un importante estudio sobre la lucha de clases.

Por consiguiente, los trabajadores organizados transforman la lucha de clases en una amplia lucha por los ideales de completa emancipación de los obreros y toda las clases, víctimas de tantos convencionalismos e inmoralidades de esta mal organizada Sociedad. Les esta lucha, no circunscrita a la limitada lucha por llenar estómagos famélicos, sino más bien impregnada de un ideal generoso de libertad y justicia, bienestar y fraternidad humanas, la que encausa el sindicalismo, a fin de que el movimiento obrero se dirija, por vía recta y libre, a la anhelada redención social.

EL SINDICALISMO

Colocado en su verdadero plano la lucha de clases, los obreros para triunfar en esta contienda por la vida, tenemos que organizarnos y trazarnos una orientación definida que, partiendo de la realidad que vivimos, nos conduzca al porvenir. Entonces tenemos que recurrir al Sindicalismo, siste-

ma de organización que agrupa a los obreros para luchar lo más posible en este orden de cosas, por asegurar su personalidad y su derecho a la vida, así como para realizar, lo más pronto, el ideal hermoso de que todos los hombres sean hermanos y tengan asegurado su bienestar disfrutando, cada cual, de una vida cómoda, racional y libre, una vez desaparecidas las irregularidades sociales que hoy dividen a los hombres y los hace luchar como enemigos.

¡Aquí cabe decir que el Sindicalismo contemporáneo no fué así desde su origen, pues, sus primeras manifestaciones de vida las tuvo en la asociación de los artesanos para evitar el aprendizaje y defenderse de la competencia de los productos extranjeros. Triunfante la Revolución que proclamó, nada más que en principios ideales, los derechos del Hombre, surgió el proletariado, el asalariado, y este creó sus organizaciones de oficio para mejorar sus condiciones económicas. Entonces, para vencer la intransigencia patronal se fomentó la Caja de Resistencia que servía para socorrer a los huelguistas y a los que eran desalojados del trabajo como consecuencia de estas luchas.

La experiencia madre de las grandes enseñanzas y de la misma ciencia, hizo comprender a los obreros que los centavos acumulados pacientemente meses tras meses, años tras años, no eran nunca suficientes para oponerse a los millones de moneda de los capitalistas, cuya intransigencia que contaba con el apoyo de la autoridad, agotaba las cajas de resistencia y vencía a los huelguistas que pacíficos y respetuosos, confiaban la defensa de sus intereses a los políticos obreristas, a cualquier abogado o a las mismas autoridades.

Debido a estas luchas estériles y a los continuos fracasos del proletariado, a parte de otros factores políticos y morales que afectaban la vida de los trabajadores, la organización de éstos, buscó nuevos medios de defensa y más amplios horizontes. ¡Fué la Asociación Internacional de Trabajadores,

fundada definitivamente el año 1864, la que sentó las verdaderas bases de organización y las aspiraciones del proletariado, bases y aspiraciones que fueron concretándose y definiéndose con un espíritu de clase y tendencia libertaria, en sus sucesivos congresos.

Destruída la Internacional por la reacción de los gobiernos europeos y por las luchas intestinas que provocaron las corrientes ideológicas de Marx y Baukounine, las pocas organizaciones obreras que resistieron esa reacción, fueron afianzando, modificando, ampliando su modo de organización y táctica de lucha. I fué en Francia donde se modeló típicamente el Sindicalismo Revolucionario de hoy, cuya táctica de acción directa atravezó linderos nacionales y los mares, llegando hasta aquí, a este país donde periodistas alquilados a la burguesía e intelectuales acomodaticios, coreados por gente ignorante o cretina, nos dicen que el Sindicalismo es una planta exótica cultivada por quienes tienen la manía de imitar las cosas del viejo Continente.

Taña argucia cae por su propio peso, pues aquí como en todos los países existe el malestar social, luego existe la cuestión social.

¿Quién de vosotros no sabe que desde que se estableció la república, y más antes también, siempre gobernó un autoritarismo civil o militar, que, sin norma constitucional alguna, cometió todo género de abusos, atropelló todo derecho, incluso la libertad del pensamiento y el derecho de asociación?

¿Quién de vosotros ignora la existencia de un garronismo feroz y rapaz que explota y extorciona, cuyas haciendas son verdaderos feudos de tortura y esclavitud, donde se masacra a los campesinos cuando éstos alguna vez vuelven por sus fueros de hombres libres?

¿Quién de vosotros no comprende que la prédica del fraile no es sino un medio de engañar a los pueblos, y una

manera de vivir cómoda y parasitariamente a costa de la candidez de los humildes feligreses?

¿Quién de vosotros no sabe que en las grandes manifestaciones o paros de solidaridad con algún gremio en lucha con sus patronos, o en las altivas protestas contra los opresores, la autoridad siempre estuvo al lado del Capital, hollando los derechos del pueblo y acallando sus protestas con la fuerza que da el sable y el fusil?

No otra cosa significa sino el apoyo al Capitalismo, la clausura de los locales obreros, la prisión de los que por su entusiasmo y altivez se destacan entre sus compañeros de trabajo, el destierro de otros y las masacres de obreros cometidos en diferentes puntos del país, so pretexto de conservar el orden público o sea la tranquilidad de la clase privilegiada. I no se culpe de esas tropelías y de esos actos sangrientos y despóticos a éste o aquel gobierno. No: todos los gobiernos, llámense como se llamen, todos los partidos u hombres que actúan en el Poder, proceden de igual manera, siempre en contra del pueblo que trabaja, siempre desconociendo y atropellando esa soberanía del pueblo que tanto nos decantan los panegiristas de la democracia. Hasta ahora no se ha visto ni se verá jamás a los que gobiernan una nación, poner la fuerza pública en defensa de los obreros que claman justicia y piden pan: siempre los gobiernos defienden y defenderán a los privilegiados de la fortuna o el poder.

Por otra parte, los capitalistas no duermen confiados en la defensa que les prestan los gobiernos. I por ello se organizan industrialmente, no solo para vigilar mejor sus intereses, para defender sus monopolios, para ensanchar sus negocios y sus medios de explotación, sino para combinar y dirigir sus fuerzas contra los obreros.

Así tenemos el trust de los tejedores y el de la tracción y luz eléctrica, la Cámara Sindical de Propietarios, la Sociedad Nacional de Agricultura, la Sociedad de Propietarios de

Panaderías y otras tantas asociaciones, y, hasta los gamonales se organizan y se reúnen en congresos, so pretexto de mejorar la triste condición de los indígenas. ¡Extraña aberración! Los cocodrilos acechando con sus llantos a sus eternas víctimas!

Todo esto nos habla con la elocuencia de los hechos, que los trabajadores deben organizarse no sólo para mejorar el salario o las condiciones del trabajo y hacer respetar los derechos adquiridos, sino para libertarse de todo lo que significa explotación, engaño y opresión.

Es esto lo que quiere el Sindicalismo y es esto lo que pregonan los sindicalistas.

El Sindicalismo es una consecuencia del sistema capitalista y es una necesidad como medio de liberación proletaria.

Si se nos pidiera concretáramos en pocas palabras lo que es el Sindicalismo, dijéramos:

El Sindicalismo es un sistema de organización que busca la unión, la solidaridad de todos los explotados por el Capital, de todos los oprimidos por el Estado, para reclamar por la acción conjunta de ellos mismos, más justicia, más libertad, más pan, mientras sus fuerzas van desarrollándose para abolir el patrono y el asalariado, el amo y el esclavo.

Tratar de las bases morales, sociales y económicas del Sindicalismo, es materia de una serie de conferencias.

Por hoy, diremos que el Sindicalismo dirige su acción directamente a atacar el mal Social que pesa sobre los obreros. No se entretiene con el falso mutualismo de nuestras sociedades de socorro, ni se conforma con las leyes reformistas del Estado, sino que lucha porque el trabajo no sea brutal y enervante y que el obrero sea más ilustrado y consciente en sus actos, pues así se evitarán muchas enfermedades y muertes prematuras, ocasionadas por un trabajo exorbitante y por los talleres insalubres; así se conseguirá la rebeldía consciente del obrero.

El Sindicalismo quiere que todos los que viven en la pobreza y se sientan esclavos del trabajo, confundan en un solo haz de fraternidad todos sus dolores y en un solo baluarte de defensa todas sus rebeldías; en un solo sol de luz emancipadora todo sus anhelos de vivir libremente en armonía y solidaridad de especie.

No es el Sindicalismo un fantasma a quien debemos tener horror, no es tampoco un peligro para los trabajadores.

No es el Sindicalismo refugio de ambiciosos vulgares y arribistas políticos, ni sirve de plataforma para que los falsos mentores pretendan engañar a los obreros con espejismos rendidores. Mienten o no saben lo que dicen, los que así piensan, escriben y hablan a los obreros.

Podrá ser un fantasma o un peligro para los señores que quisieran ver siempre a los obreros, sumisos y desconcertados unos de otros; podrá ser un peligro para los saltimbanquis del parlamentarismo, para los medrantes, políticos, para todos los parásitos sociales, por que se les va acabando la mesnada electoral, la carne de ludibrio y explotación.

Pero, para nosotros, los obreros que vivimos de nuestro diario trabajo y que sentimos todos los rigores de la Sociedad burguesa, el Sindicalismo es un medio de unión gremial o industrial, de solidaridad proletaria, de común defensa frente a todos los enemigos de los trabajadores, frente a todos los enemigos de la Verdad y la Libertad.

Conseguida la asociación gremial ó industrial y la federación de esas asociaciones, el Sindicalismo quiere que todas las reivindicaciones proletarias se conquisten por la acción de cada gremio o industria organizados, por la fuerza y la energía de todos los trabajadores, pues la historia nos demuestra que no nos basta tener la fuerza del derecho, sino también el derecho de la fuerza para vencer la codicia y el egoismo patronales y romper el torniquete del Estado.

El Sindicalismo revolucionario, por seguir la trayectoria proyectada por la primera Internacional, no es una organización autoritaria cuya acción dimana del centro a la periferia, sino al contrario de esta al centro, pues es una asociación federativa que va de lo simple a lo compuesto, del individuo a la Sociedad, considerando todo centralismo como tiránico y anulador de las iniciativas, de las energías y de la acción fecunda de los federados o de los gremios, que son las células del gran todo proletario.

Por eso el Sindicalismo deposita el triunfo de sus aspiraciones idealistas y sus luchas económicas, en la conciencia de sus militantes: tiene en la acción directa de sus propias fuerzas, en sus varios medios de lucha, que ya indicaremos en otra oportunidad, la palanca y el punto de apoyo que buscaba Arquímedes para mover el mundo.

Aún más compañeros. El Sindicalismo no se detiene exclusivamente en las luchas mejoristas, porque ello sería caer en un grosero materialismo y condenarse a no salir del círculo de hierro en que nos mantiene la ley del salario, sino que él quiere elevar a los obreros de su degradación moral y su ignorancia, para que, cultos y dignos, puedan ir de frente a la realización de sus sueños de redención.

Elevando las conciencias a la sublimidad del ideal en constante afán de renovación social y espiritual, el Sindicalismo es también un medio de elevar el pensamiento en su grado máximo de belleza y amor.

El Sindicalismo así comprendido, es una fuerza viva, palpitante, dentro del orden burgués y con sus luchas y sus aspiraciones ideológicas va acelerando el progreso y apurando el parto de la sociedad sin explotados ni explotadores; sociedad de productores libres, pues si el trabajo es condición de vida, la vida no impone de que el trabajo sea condición de esclavitud, ni que unos trabajen para otros.

Voy a terminar, compañeros, citando uno de los tan-

tos axiomas de la primera Internacional:

«El Capital es el gran tirano que gobierna las sociedades presentes, el Estado es el guardián y el defensor de los privilegios que la Iglesia bendice y diviniza».

De acuerdo con este gran pensamiento, el Sindicalismo es revolucionario, no puede ser sino revolucionario. No esperando la emancipación de los obreros, de manos del Capital, el Estado y la Religión, el Sindicalismo es eminentemente antipolítico, antiparlamentario; siendo el Capital un tirano universal cuyas manos ensangrentadas están estrujando siempre la vida de los obreros de todos los países, el Sindicalismo es internacional; no puede ser sino internacional no esperando la emancipación de los trabajadores, de manos de un mesías o un dios, el Sindicalismo nada tiene que ver con las religiones que, dicho sea de paso, enseñan a que el obrero sufra resignado mientras alientan la soberbia de los poderosos.

Es el momento, pues, compañeros, de tener aún más confianza en el Sindicalismo y de no desmayar en la obra de organización, si queremos que la emancipación de nuestra clase llegue lo más pronto posible debido a nuestra propia acción.

CAPITALISTAS Y OBREROS

Es innegable el antagonismo económico-social entre capitalistas y obreros, antagonismos cada vez más acentuado por cuanto son dos fuerzas diametralmente opuestas en su funcionamiento, en sus propósitos, en su desenvolvimiento y aspiraciones.

Los capitalistas, por formar una casta dominante, son forzosamente conservadores, pues no de otra manera podrían perpetuar este régimen social que les favorece con honores, riquezas y poderío.

Los obreros, por el contrario, constituyen una clase subyugada que sufre todo género de exacciones. Por estar ineludiblemente sujetos al trabajo, vegetan en la servidumbre y

carecen de libertad de acción, de independencia, de dignidad social, toda vez que la pobreza en que viven significa la esclavitud más abaltonante.

Siendo el capitalismo una fuerza conservadora, sus componentes son parásitos sociales que succionan, que extorsionan y humillan a los obreros. Acostumbrados los capitalistas a las comodidades, al lujo, al derroche y al disfrute de todos los placeres, cometen el horrendo crimen del despojo social acaparando el producto del trabajo ajeno y acumulando riquezas, a fin de asegurar su propia dicha y la dicha de sus descendientes. Como es lógico, este despojo y codicia capitalistas, se fundan primero, en la inveterada inmoralidad transmitida desde los primeros hombres que usurparon la tierra y los productos labrados por otros hombres más débiles e ignorantes, inmoralidad que hoy la ley consagra como el derecho de propiedad privada; y segundo, por la fuerza brutal de que dispone el Estado, fruto y sostén de los poderosos: despojo y codicia que siembran las privaciones y angustias que sufre la inmensa familia proletaria que, a mucho trabajar durante su vida, apenas alcanza a ganarse un insuficiente salario que le condena a vivir miserablemente.

¡Contraste inaudito que nos llena de indignación. Frente a frente colocados ^{hay} dos clases marcadamente distintas que producen el antagonismo de que hablamos más arriba: de un lado los que holgan y nadan en la opulencia con su vida fastuosa y muelle; del otro, los que nada tienen y que carecen hasta del necesario alimento para satisfacer su estómago desfalleciente y que, sin embargo, desgastan sus energías trabajando rudamente durante su existencia.

¡Contradicción flagrante! ¡realidad pavorosa!, que desmiente categóricamente los principios básicos de la democracia actual: *libertad, igualdad, fraternidad!*

No cabe duda que el Capitalismo, después de la Revolución Francesa, una vez destruido el feudalismo y la a-

ristocracia de sangre, ha contribuido en mucho al progreso de las industrias y al desarrollo de la civilización provocando el acercamiento comercial de todos los países. Pero, ¡a costa de cuantas lágrimas y hambres, de cuanta sangre, de cuantas vidas de proletarios sacrificadas en bien del triunfo de la pluto-autocracia de todas las naciones!

Sin embargo, los economistas y plumíferos defensores de la burguesía, y hasta ciertos científicos que teorizan cómodamente desde sus poltronas, sin hacer una disección investigadora de la estructura social presentex a fin de aplicax su crítica justiciera, proclaman que el adelanto de la ciencia y el perfeccionamiento del maquinismo, así como el progreso de la química y el aprovechamiento de las fuerzas o agentes naturales, producen un mayor bienestar social, pues arguyen que a mayor producción en menos cantidad de tiempo y energía humana corresponde mayor riqueza y, por ende, menos miseria.

Garrafal impostura puede tener visos de verdad para mentalidades rudimentarias, o rutinarias pero no ante los hechos que vemos, que palpamos, que sentimos; no ante las tremendas y, oprobiosas injusticias y los contrastes sociales de este orden burgués donde el progreso de las artes, de las industrias y hasta de las ciencias, es en provecho de las clases acomodadas con detrimento moral y físico de los trabajadores.

Siendo, pues, una verdad demostrable e indiscutible el antagonismo de las clases capitalista y obrera; siendo otro hecho real el que los capitalistas tienden a conservar sus privilegios y a perpetuar las actuales condiciones de vida; y siendo también otro hecho histórico el que los obreros, hoy podemos decir parias, siervos, asalariados de quienes los explotan, tienden a libertarse de esa esclavitud, no comprendemos en que razones se fundan ciertos elementos tildados de revolucionarios sociales, para pregonar la armonía entre el Capital y el Trabajo, entre los amos y los esclavos, entre el que despoja y el despojado.

No; no puede haber tal armonía: esta alianza o colaboración con los que gobiernan y los que explotan, con el objeto de mejorar la triste condición de los desheredados, solo puede fundamentarse en un errado concepto de la lucha de clases y de la misión histórica del proletariado organizado sindicalísticamente.

No se alegue que aquí todavía los obreros no están organizados ni muchos menos preparados para recibir una marcada tendencia sindicalista separada de las demás clases opresoras económica y políticamente; no se alegue que hay que *hacer algo* mientras los obreros, andando el tiempo, comprendan su misión eminentemente revolucionaria y libertadora; no se alegue que los obreros todavía son incapaces de recibir y comprender las generosas ideas libertarias. Sofismas, nada más que sofismas, o medios de bastardear el legítimo obrerismo, son todos esos alegatos.

Precisamente, por estar en su comienzo la organización obrera, por estar en gestación la tendencia sindicalista y las ideas libertarias, conviene no comenzar mal ni dar una falsa orientación al movimiento obrero, ni sembrar el confusionismo con ideas retrógradas o retardatarias, cuando la enseñanza de la historia, con claridad meridiana, con afirmaciones rotundas, con postulados incontrovertibles, nos señala la verdadera senda que tenemos que seguir para conquistar lo que tanta falta nos hace: la libertad política, la independencia económica, la superación intelectual y moral.

Terminamos diciendo: entre la extrema e insultante opulencia y holgazanería de los de arriba y la extrema miseria y servidumbre de los de abajo, hay antagonismos irreconciliables: los primeros son dominadores, los segundos son esclavos hoy, libertadores mañana; los primeros representan una fuerza de opresión, de sujeción; los segundos son una fuerza de avance revolucionario, de irrupción libertaria. Por lo tanto, son fuerzas antitéticas.

LIBROS que pueden adquirirse en todas las Librerías

Sembrando Flores (novela) - F. Urales.
Ideario - R. Mella.
Los Misterios de la Inquisición - Fereal.
Los Mitos de la Biblia - Ferriere.
Los Hijos del Amor (novela) - F. Urales.
Embriología - I. Puente.
El Origen del Hombre - Darwin.
Educación Sexual - Marestan.
Secretos del Convento - Sor Ana.
Cómo educa el Estado a tu hijo - J. Barcos.
Edades de la Tierra - Odón de Buen.
Higiene del Amor - Mantegazza.

ERRATAS

Se encarece a los lectores disculpar los errores de caja que encuentren, con benevolencia y cultura.

Digitalizado por
Humanidad
periódico libertario
<http://www.humanidad.webcindario.com/>

